

Fuentevaqueros: homenaje a García Lorca

En la España de hoy, el homenaje popular a Federico García Lorca tenía mucho de piedra de toque. Las cosas andan confusas —por el desacuerdo entre el proceso real y el proceso oficial— y un acto como el proyectado en Fuentevaqueros, sumado a los muchos que, paralelamente, iban a celebrarse en la propia Granada, era una especie de "test" para ayudar a entendernos.

La idea de apresurar la celebración de un homenaje oficial, con el que encubrir o enturbiar el que, desde tiempo atrás, se preparaba, fue ya un dato decisivo. Dicho homenaje oficial venía a reconocer tácitamente la imposibilidad de "recuperar" el que, a las cinco en punto de la tarde, iba a efectuarse en la plaza de Fuentevaqueros, en el setenta y ocho aniversario del nacimiento del poeta. Con lo que se daba la razón a quienes pensaron y organizaron el acto de Fuentevaqueros, dispuestos a homenajear a un Lorca perfectamente encuadrado en la realidad histórica de su tiempo, ligado con sus obras y con su muerte a un conflicto social preciso, expresión, en fin, de una visión democrática y transformadora de España.

Se temió, lógicamente, por el permiso gubernativo. Era otro dato importante del "test" a que antes me refería. Pero el permiso se obtuvo, aunque con una limitación de tiempo: la duración del homenaje no debía exceder la media hora.

Todo estaba, pues, listo para la confrontación. Sin que dejara de gravitar otra pregunta fundamental: ¿quiénes íbamos a estar en Fuentevaqueros?, ¿quiénes iban a responder a esa voluntad de que fuera "popular" el homenaje? Porque una cosa era la asegurada asistencia de los estudiantes granadinos a los diversos actos organizados en los recintos universitarios —en especial, a los recitales poéticos de Hospital Real y a las salas destinadas a la conocida y ya mermada exposición sobre La Barraca y su entorno, reunida por la galería Multitud—, y otra, la concentración de Fuentevaqueros. A los problemas puramente geopolíticos —ciudad mal comunicada, en una región demográficamente pobre— se unían las décadas en que el nombre de Federico se pronunció con temor y las noticias, nada alentadoras, en torno al reciente homenaje a Miguel Hernández en sus tierras de Alicante.

También esta prueba, quizá la más importante, se salvó en Fuentevaqueros. Porque si a la tribuna subieron poetas —Blas de Otero, Pepe Guevara, José Agustín Goytisolo—, actrices —Nuria Espert y Aurora Bautista—, el sobrino de Federico, Fernández Montesinos, y se oyó la voz de Alberti, y se leyeron los nombres de adhesiones, y se cerró el acto —con los nervios de la media hora cumplida y los apremios del delegado gubernativo— con un texto contundente de la Coordinadora Democrática, lo fundamental, lo que vino, sobre todo, a definir el acto de Fuentevaqueros, fue la presencia de varias docenas de autocares, llegados de otros tantos pueblos, la emo-



Allí había varios millares de españoles, entre pancartas, bajo banderas andaluzas y pando poesía escrita en su homenaje y poesía escrita por él, dispuestos a aprovechar la media hora para proponerla como una pauta

nativo— con un texto contundente de la Coordinadora Democrática, lo fundamental, lo que vino, sobre todo, a definir el acto de Fuentevaqueros, fue la presencia de varias docenas de autocares, llegados de otros tantos pueblos, la emo-

ción, la serenidad y la alegría de unos cuantos millares de personas —entre seis y diez mil— dispuestas a homenajear a Federico y a hacer de su memoria una lícita invitación a la democracia.

Ciertamente, en Fuentevaqueros había un fuerte contingente de Fuerzas del Orden Público. Pero, significativamente, su presencia jamás gravitó como un elemento compulsivo. A lo más, sirvió para que el gran "test" se diera sin equívocos. Allí estaba la Policía para obligar a cumplir lo autorizado; allí estábamos varios millares de españoles, entre pancartas, bajo banderas andaluzas y carteles con el rostro de Federico, oyendo poesía escrita en su homenaje y poesía escrita por él, desenterrando viejas palabras de alegría, de solidaridad, de justicia y de concordia, dispuestos a aprovechar la media hora y a proponerla como una pauta cívica.

Fernández Montesinos resumió muy bien el alcance del homenaje: "Reclamar justicia es una de las finalidades de este acto. Justicia para con Federico García Lorca y cuantos murieron como él en una guerra civil... Ahora vendrán los pusilánimes a decir que éste es un acto político. Esta afirmación puede ser verdad, pero también puede no serlo; depende de lo que entendamos por política. Si hacer política es el proceso de administración de las cosas públicas con el consenso y la participación de todos los ciudadanos, este acto es político, porque el asesinato de los ciudadanos

GARCIA LORCA Y JULIO RODRIGUEZ

A don Julio Rodríguez Martínez, ministro del Gobierno de Carrero Blanco, como rezan —o rezaban— sus tarjetas, las biografías de los genios le son indiferentes. Incluso parece decidido a llevarles la contraria. Beethoven era sordo: "para sus amigos, pero no para nosotros. ¿Era sordo?", escribe en un artículo publicado en "ABC" (5 de junio). Pemán "demuestra juventud". "La edad de sus piernas no coincide con la de su cabeza". Felizmente, no, don José María no escribió nunca con los pies. "Chopin, componiendo 'La polonesa', no es el enfermizo Chopin". Depende de a cuál de las dieciséis polonesas que compuso Chopin llame el ex ministro "La polonesa": cuando hizo algunas de ellas, en efecto, se encontraba un poquito mejor.

Esta gran indiferencia de don Julio Rodríguez por las biografías de los genios está minuciosamente explicada para llegar a la conclusión de que especialmente una determinada le importa me-

nos que la de los demás: la de Federico García Lorca, a quien se refiere el título y la parte que podríamos llamar principal de su artículo.

Sin embargo, en la biografía de Federico García Lorca hay algo muy fundamental: El final de esa biografía. Fue asesinado. Cierto que el dato no debe tener demasiada importancia, puesto que "sobrevivió, como tal genio, a su muerte física". Lo que importa es "que coge en sus manos rosas blancas y viste a la Luna de verde o con polsón de nardo".

Sin embargo, parece que don Julio Rodríguez se contradice a sí mismo cuando añade una estrofa de su propia cosecha —una muestra insuficiente para saber si algún día el genio sobrevivirá a su muerte física—, en la que pregunta lo que le pasó a Federico. Y se lo pregunta a él mismo, que está en incapacidad notoria para contestar: "¡Ay, Federico García! ¿Por qué te fuiste tan lejos, donde la nieve se apaga, donde no

existen más soles/ni rasguean las guitarras?".

En su indiferencia por las biografías, ignora que Federico no se fue "donde la nieve se apaga" —en el supuesto de que alguna vez la nieve haya estado encendida—: le llevaron. A las tres de la madrugada de un día de agosto de 1936. Le llevaron y le mataron. Le asesinaron.

Un dato de escasa importancia para tan destacada figura del "bunker". Si el genio sobrevive... Pero un simple hecho concreto, real, fijo: le asesinaron.

Sin embargo, don Julio Rodríguez no ignora la continuación de la biografía interrumpida en esta tierra. "Federico nos contempla ahora, desde la derecha de Virgilio, en el paraíso de los poetas".

Y menos mal que está a la derecha. Si estuviese a la izquierda, es posible que le mataran otra vez.

Pero el genio, y eso nos tranquiliza a todos, sobrevive a la muerte física. ■ POZUELO.

Recuerdos de García Lorca

Nicolás Guillén

De los tres grandes poetas con que el pueblo de España pagó su amor a la República frente al fascismo, el único que muere violentamente es García Lorca: él es también el único que pudo estar en Cuba. Por una gracia especial me fue dado el honor de conocerlos a los tres.

Antonio Machado muere en el exilio, en un pequeño pueblo de la frontera franco-española, cuando el derrumbe de la República que él cantó con sus versos lo hizo salir de España. Miguel Hernández murió en la cárcel de Alicante, rotos los pulmones por la tuberculosis. García Lorca cae bajo el plomo de un puñado de asesinos en las afueras de Granada, donde había ido a buscar amparo y donde se creyó protegido como una "gloria local", según dijo él mismo en otra ocasión, con gracia tan lorquiana.

A Antonio Machado lo conocí y traté en Valencia, junto con Juan Marinello, en los días del Congreso Mundial por la Defensa de la Cultura. Descuidado y poético, recordaba en esencia y presencia los versos en que lo apresó Rubén Darío:

**Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un
deja
de timidez y de altivez...**

A Miguel Hernández lo vi por primera vez, y anudé con él una amistad que iba a crecer fraternalmente en las sesiones de aquel Congreso; era un mocetón fuerte, directo, de mejillas coloradas y ojos verdes, cabeza pelada al rape, camisa de lana oscura y pantalones de pana gris, que hablaba con voz ronca y elemental.

A García Lorca lo conocí en La Habana, hace cuarenta y seis años. Me lo presentó José Antonio Fernández de Castro, aquel animador de la cultura cubana que supo descubrir en muchos jóvenes de su tiempo gráficas zonas de talento creador que otros no pudieron o no quisieron ver. Aquel día —renunció a la fecha exacta— anduvimos juntos desde la mañana y juntos almorzamos en una casa de la calle de Animas. Ya saben ustedes cómo algunos detalles nimios permanecen agarrados al recuerdo, mientras otros más importantes desaparecen de nuestra mente, borrados por los años.

Así, nunca he olvidado que antes de sentarnos a la mesa, la dueña de la casa nos sirvió ron:

ron del llamado Carta de Oro. Lorca tomó el pequeño vaso y durante mucho tiempo se mantuvo sin apurarlo. Su goce consistía en poner el cristal a la altura de los ojos y mirar a través de la dorada bebida.

"Esto se llama —decía— ver la vida color de ron"... Y se burló con mucha gracia y talento del viejo Campoamor...

Lorca había venido a Cuba invitado por don Fernando Ortiz, presidente de la Benemérita Hispano-cubana de Cultura, con sus domingos matinales en la Co-

baña, es su Cádiz grande. El lo dice, pero Cádiz por su gracia y su sol, dice él también. Así Lorca amó en Cuba su tierra propia, su Granada andaluza, y reconoció en ella valores que, habiéndonos llegado del otro lado del mar oceánico, son perceptibles todavía, a cuatro siglos de distancia, en la gran mezcla popular.

Cuando al fin parte el poeta, nos queda su recuerdo como un tenaz perfume, y su garra desgarradora y su gracia romancera. Nadie como él ejerció (salvo Rubén Darío) influencia tan pronunciada en los jóvenes poetas americanos. Beatos los que pudieron vencerla, transformándola en voz propia, a lo largo de un abnegado y dramático esfuerzo de asimilación, semejante al que se impuso el propio Lorca con Góngora y Lope, con Machado y con Juan Ramón.

Pero la figura de García Lorca desborda su alta condición lírica para convertirse en un símbolo de lo que es la barbarie, la estupidez fascista. Se nos dirá que no era su poesía una poesía política, ni él mismo un político de militancia partidaria, como Alberti, pongamos por ejemplo. Pero, ¿acaso no es hacer política ir hacia el pueblo como Lorca fue, y meterse en su entraña y divulgar sus tradiciones y exaltar su espíritu? ¿No es hacer política tomar posición junto a la República, en un país de tan lejana tradición real? ¿No es política, alta política, hacer del verso agua que refleja a gitanos y toreros, o llevar a la escena a Mariana Pineda, condenada a morir en Granada, en su Granada, porque bordó una bandera liberal?

A García Lorca lo matan no porque ignoran que era él, sino precisamente por ser él; lo mata la reacción granadina, que no pudo ponerle de su parte: lo mata el fascismo, en fin.

Han pasado cuarenta años. De entonces acá el mundo ha dado muchas vueltas; tantas que ya hasta podemos ver las vueltas que da el mundo. La fuerza que acabó con esa vida cede y se resquebraja en todas partes, en España también. Nosotros, los escritores y artistas cubanos, hemos llorado largas noches al poeta, lo hemos llorado sin consuelo, pero no lo lloramos más. Renueva nuestro amor cada día una rosa de Cuba en su recuerdo y mantiene viva una lámpara fiel que ninguna tempestad puede apagar. Fino andaluz de sueño, gitano principal, junto a nosotros García Lorca sonríe, seguro en su esperanza. ■ **SERVICIO ESPECIAL DE PRENSA LATINA.**



media. En esas mañanas habló García Lorca, y sus conferencias alcanzaron una resonancia única, tan otra cosa como eran de las conferencias-conferencias, almendonadas y vaso de agua, que dan las personas importantes cuando tienen que dar conferencias. Pero Lorca no se marchó de La Habana al terminar sus compromisos con don Fernando. Se quedó en Cuba: le gustaba irse en las noches a las "fritas", a los cafetines de Mariano, donde ya estaba El Chori, y allí se hizo amigo de traseros y bongoseros.

Habían aparecido por aquel entonces los motivos de son. El retuvo el ritmo de esos poemas y luego escribió un "son" suyo, un "son" lorquiano, que dedicó a Fernando Ortiz. Ustedes lo recuerdan: "Iré a Santiago". Cuba imprimió en aquel espíritu una profunda marca, que él devolvió en auténtica comprensión. ¿Y cómo no iba a ocurrir de este modo, si Lorca era andaluz, y es la huella de Andalucía —huella de árabe fino— la que hay en Cuba desde el primer sueño de la colonia, marca sevillana antes que ninguna otra marca española?

Cuando Alberti llega a La Ha-



Encartas con el rostro de Federico, oyen la hora "concedida" por las autoridades y a cívica.

es cosa de toda la colectividad; pero si se toma por política las banderías para llevar el gato al agua, este acto no es político. Porque homenajamos a un hombre que no quiso pertenecer a ninguna organización política concreta —actitud que, como demócratas, tenemos que respetar—, pero que fue siempre exponente y defensor a ultranza de la libertad de los demás".

Ninguna enfatización en el tratamiento del homenajeado. Ningún empeño en ponerlo por encima ni por debajo de su nivel real de compromiso. Basta leer las críticas que la prensa conservadora dedicó a su "Yerma" para saber que un hombre puede hacerse mucho más peligroso con su pequeña verdad que con los grandes "slogans".

"Federico está vivo", se gritó en Fuentevaqueros. Difícil es saber el alcance exacto de esa afirmación. Aunque una cosa sí es segura. Nunca quienes recibieron durante tantos años en el pueblo la visita de investigadores cautelosos de la vida y muerte de Federico imaginaron esta llegada gozosa de gritos y sonrisas pidiendo, bajo el sol de Fuentevaqueros, en su plaza mayor, la puesta en pie de la democracia, la liquidación de la guerra civil y la justicia económica. Intelectuales, artistas, poetas, líderes, partidos políticos, se han unido en torno a Federico. Pero sobre todo, convocados por la Granada democrática, se han unido unos cuantos millares de andaluces anónimos y ejemplares. ■ **JOSE MONLEON.**
Foto: RICARDO MARTIN.